

Dulce Meléndez Valdés,
Arriaza y Garcilaso;
Tú, Pepita, de miel vaso,
Muy más dulce que los tres.
Tierno Garcilaso es
Y el togado y el marino;
Tú, Pepita, sér divino,
Muy más tierna que los tres.
Muestra Arriaza, cual ves,
Y Vega y Valdés finura;
Pepita, flor de hermosura,
Tú, más fina que los tres.
Sobre la grey hechicera
Que los genios del Parnaso
Librarán de triste ocaso
A Pepita la primera,
Entre la amena lección
De obras tan encantadoras,
Parta Pepita las horas,
Y con nadie el corazón.

«Disputé yo, por hacerlo rabiarse, según me sugiere mi afable índole, con el presuntuoso Meléndez Valdés acerca de lo fácil que era el género anacreóntico. Desafiéme á que hiciera una letrilla. Es la que he hallado y copio, porque se escribió después de dicha de repente.—VARGAS.»

Yo vi zagal imberbe,
Del amor oprimido,
Lanzar ardientes rayos,
Rayos, que no suspiros.
Cerca de este infelice,
Viejo de casi un siglo,
Lleno del padre Baco,
Cantaba como un mirlo.
¡Hola! (á mi sayo dije),
El traidor de Cupido
La mocedad amarga
Con tan duro martirio.
¡Y de un viejo mi Baco
Hace un ente tan vivo?
Vaya amor noramala;
Echa, muchacho, vino.

Á UNA AMIGA,

DÁNDOLE QUEJAS POR NO HABERLE ESCRITO.

¡Quién te ha dicho mal de mí?
¡Quién ha trazado mi suerte,
Y mimado en tus cariños,

Me hace probar tus desdenes?

Ni eres viuda Judith,
Ni yo gentil Holofernes;
No tu silencio, cuchillo,
Mi traquiarteria cercene.
Mi tragedia no leerás
Si la tragedia cometes
Que deja á tí suspiramos
Mi ansiosa sed de leerle.
Esa tu Aurora y mi sol
La ruego que se interese
Por este cándido niño,
Que en sólo pucheros crece.
El campo ameno que pisas,
Bajo tu planta se seque;
Para boca tan cerrada
Nadie cace, nadie pesque.
El blanqui-negro lenguado,
Ni la corredora liebre,
Ni el langostino Sofía,
Ni *Barril* (1) de lenguas pruebes.
Si no enristras dulce pluma
Que hácia este amiguito vuela,
Con firma que claro diga
La que por tí vive y bebe.

«Cierra ésta la siguiente anacreóntica con que en el año 1793 contesté á un excelente himno de mi Jovellános, sintiendo mi ida á la guerra.—VARGAS.»

Hombres sandios, ¿dó vais?

¿Dónde está vuestro juicio?

¿Vive más ó más sano

Quien mata más vecinos?

¿Goza de su pastora

Más tiernos los cariños

Quien en su patria deja

El tálamo vacío,

Sin rabadan la hacienda,

Y sin padre los hijos?

¡Oh, mal haya, mal haya!

¡Quién, desalmado, altivo,

En daño de la Europa

Formó el primer navío,

Y en daño y mayor daño

Del malhadado indio!

Aquella tierra es suya,

Aquel cielo no es mio.....

Quédese con su oro,

Con su metal mezquino,

Que junto no equivale

De mi amada á un suspiro.

(1) Nombre de un amigo de la madre de Fernán Caballero.

DON FRANCISCO DE PAULA NUÑEZ Y DIAZ.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Sevilla, en 1766. Estudió en aquella Universidad filosofía, teología y cánones. Fue cura del colegio náutico de San Telmo, y capellan de honor de Su Majestad en la Real capilla de Granada, en cuya universidad enseñó filosofía. Murió en la misma ciudad por los años de 1832.

POESÍAS.

ODAS.

I.

Adán admira la naturaleza. Sentimientos de su gratitud al contemplarla.

Canta, mi dulce lira,
Del alto Dios dictada, omnipotente,
En valeroso acento,
Aquel placer divino y gozo ardiente
De Adán, cuando le inspira
El supremo Creador el alma aliento;
El soplo divino su noble busto
Enciende en hermosura,
Brilla en sus ojos luego lumbre pura,
Y el pecho alienta augusto.

Claro sol difundía
Al nuevo Olimpo los candores puros:
Su cuadriga fogosa
Gallardo, en medio los celestes muros
Del orbe, conducía;
La fábrica á la vista grandiosa
Súbite brilla del mortal felice:
¡Dios! exclama arrobado,
Y el monte *Dios* repite, *Dios* el prado,
Dios la caverna dice.

Cual suele el rauda vuelo
Levantar á las líquidas regiones
El águila, ya el lazo
Roto que la retuvo en las prisiones,
Y libre en vago cielo
Gira ufana, y se encubre en el regazo
Inmenso de la luz; y ya engolfada
En el raudal fecundo,
Audaz se esfuerza, y vuela hácia el profundo
Febo, precipitada;

Así en el cerco estrecho
Del orbe, no capaz de su grandeza,
Felice discurría
Adán, buscando la inmortal belleza.
Arde en su augusto pecho
De la beldad la imagen: ni del día
La calma el astro que fulgente mira:
Osado más se encumbra
En el fulgor divino que vislumbra,
Y absorto así suspira.

¡Eterno, el orbe clama,
Tu majestad! ¡El orbe, trono augusto
De tus piés adorables!
¡Cielos! load su sér, load su busto,
Que en mi grabó; cual llama
Resplandezco en bellezas insondables,
Alaba, ¡oh creación, oh grandiosa
Creación, templo erigido
A su gloria! Con eco enardecido
La mano poderosa;

La mano, que difunde
Felicidad, de donde en trono alzado
Sobre astros rutilantes,
El cetro inmenso rige, hasta el helado
Centro que horror confunde:
¡Quién los orbes que giran fluctuantes
En el profundo espacio así equilibra?
¡Quién del astro del día
El fecundo esplendor con mano pia
Hasta la tierra vibra?

Sonó tu voz, ¡oh Inmenso!
Tiembla el caos á su imperio, los profundos
Senos rasga, confuso,
Al vago espacio los envueltos mundos
Aborta; ya el extenso
Mar, de la tierra por la faz difuso,
En cavernas horribles se aglomera;
Nacen los altos montes;
Extiéndense los valles, reverbera
Luz en los horizontes.

Nació el sol, las montañas
Sus cumbres de altos cedros erizaron,
Y los bosques umbríos
Los hojosos ramajes enlazaron
En espesas marañas;
Brotan las fuentes, corren raudos rios
A los valles sedientos; las colinas,
Por causas diferentes,
Adornan murmuriosas las corrientes
De aguas cristalinas.

El prado allí atesora
En frescas hojas rozagantes flores;
Los céfiros suaves
Exhalan sus balsámicos olores;
La selva allá colora
Con dulcísimas pomas; de las aves
Aquí resuena el amoroso acento;
El bosque, el monte, el llano
Cubres ¡oh Eterno! de verdor lozano,
De las bestias sustentado.

¡Oh cuánto sér viviente
Anima el universo! Los collados
Trepan, ora ligeros,
O en los frescos raudales exhalados
Templan la sed ardiente;
Cra pacen los prados placenteros;
Unos surcan del mar el golfo undoso,
Cruzan otros el cielo:
¡Todo vive y respira, todo el suelo
Alienta, oh Poderoso!

Dijo, y voló ligero
Un genio celestial del alta cumbre:
Venturoso, tú el dueño
Eres, le dice, de esta hermosa lumbre.
Y luego lisonjero,
De laurel inmortal ciñe halagüeño
Su augusta frente, y de vislumbre dora
El rostro: en ambrosia
Bañó el labio, y rasgando el aura fría.
En ámbar se evapora.

II.

LAS RUINAS DE ITÁLICA.

Campos desiertos, pueblo inmenso un día,
Decid á Tírsi en esos restos vagos
De todo lo mortal la suerte impía:
¡Ay ilustres estragos!
¡Cómo desmoronadas
Yacen columnas, lares, templo augusto,
Dioses y aras sagradas
Al corvo arado del gañan robusto!
¡Ay, cuál vacila y tiembla al paso rudo
Del buey, cuál se desploma al leve viento
La muralla, que el choque hender no pudo
Del ariete violento!
Eco, tú en las arenas

De ese circo aplaudiste sus victorias,
Ora, triste, resuenas:
«Yace Itálica: aquí yacen sus glorias.»
¡Padre Bétis! De fieras es guarida
La patria de los dioses soberana,
Por todo el orbe inmenso esclarecida.
Cuando tú, á la romana
Púrpura, en alta quilla,
Siguiéndole el gran pueblo, al César viste
Partir desde tu orilla,
¡Cuán vano el ancho seno entumeciste!
¡Tristes memorias, pálidas señales,
Que el tiempo adrede nos dejó, celoso
De tu poder! ¡A dó tus penetrales,
Trajano glorioso,
Fueron, dó el Capitolio,
Dó las carrozas y el clamor lozano,
Que lleva al sacro solio
Por luenga calle al cónsul soberano?
Ya todo se rindió, todo, al destino
Mortal: en vano sombras mil, cuidosas
Aun de renombre eterno, al peregrino
Las huellas cautelosas
Tuercen; que la vil suerte
Este postrer honor les niega avara,
Y oscura niebla vierden
En los rostros que un tiempo en luz bañara.
No ya retumban por el vago muro,
De inmenso pueblo gritos fervorosos,
Al mirar estrecharse al pecho duro
Los atletas briosos;
Tan sólo el eco suave
De la flauta, que llora en las vecinas
Selvas el caso grave,
De Itálica resuena en las ruinas.
O si Diana cubre la llanura
De verdes lumbres, ya el luciente giro,
Terminando del bosque en la espesura,
El profundo supiro
Del pastor, que la aurora,
El pecho de mil sombras asaltado,
En su recinto implora,
Do aprisó incauto de la noche instado.
Sombras que en medio de las ruinas crecen
De Itálica, y tristísimos lamentos,
Cual de ejércitos, se oyen, que perecen,
Y relinchar violentos
Y correr los caballos,
Y del fuego que abrasa un eminente
Alcázar, los estallos.
Tal es la fama en la vecina gente.
¡Oh ley en lo mortal nunca violada!
Tirsi, tú, que al vivir eternamente
Aspiras, en virtud de alto alcanzada
Orlar debes tu frente;
Que alma virtud tan sola
De lo caduco, y grave y corrompido
Al varon acrisola,
Y lo hace claro y libre del olvido.
Así del gran Fernando la memoria
Del tiempo superó la inmensa cumbre,
Del hispalense muro la victoria
Lo baña en clara lumbre;
Y ensalza á Hermenegildo
El mismo alcázar que lo vió postrado,
Y el lauro á Leovigildo
De eterna infamia es y sombra orlado.

III.

Á LA INMACULADA CONCEPCION
DE NUESTRA SEÑORA.

Dios, Dios, mortales: el sagrado acento
Oíd, Dios..... todo el orbe inmenso clama.
Aun el astro luciente
No ilustra los palacios del Oriente,
Y ya la alma natura
En montes, prados, esplendor derrama,
No sé qué sentimiento
El céfiro dulcísimo murmura;

Al alto Olimpo nueva luz decora,
Las aves, engañadas, sus loores
Tributan á la aurora,
Y desplegan sus hojas ya las flores.
Del alcázar celeste el ancho velo
Se rasga: ¡ dulce encanto! El eminente
Solio del Sér inmenso
Descubro; la mansion que con intenso
Y eterno esplendor brilla,
Y los genios felices que al Potente.....
Mas ¡quién con rauda vuelo
Se remonta de Dios á la alta silla?
En torno ya la bóveda estrellada
Resuena con suavísimas canciones:
«Es de Dios la hija amada,
Es la que rompe al hombre las prisiones.»
Sobre el pecho divino reclinada,
En castísimo amor toda encendida,
Liba la Virgen pura
Del sacro Padre la inmortal dulzura;
Mientras que en gozo santo
Bañado el Dios piadoso, á su elegida
Abraza, y la morada
Celestial le tributa dulce canto.
Los montes y los cedros se inclinaron;
El aire emudeció, y en él pendientes
Las aves escucharon:
Oíd, Dios habla, venturosas gentes:
«Desciende ya, descendiendo al triste suelo,
Hija dilecta, celestial criatura,
De la ropa luciente,
Despojo de tu madre inobediente,
Vístete, y sus albores
Aumenten de tu rostro la luz pura.
Antes que el alto cielo,
Antes que el sol con almos resplandores,
Los orbes ilustrase, ya mi aliento
Tu preeminente sér habia creado;
El vasto firmamento
Contigo por mi mano fué formado.
» Triunfa, feliz ¡oh! triunfa, y la victoria
Aplaudirán los coros celestiales.
No temas; sin recelo
Pisa la sierpe y burla su desvelo.
Impenetrable arcano
A su astucia, las puertas eternas
Abranse de mi gloria,
Y el asiento brillante el hombre ufano
Ocupe. Si, tu Dios ¡oh mi elegida!
Descenderá á tu templo no violado,
Y nuevo sér y vida
Recibirá el linaje desgraciado.»
Cual de Oceano las aguas cristalinas
A la vista de Febo resplandecen,
Cuando en carro luciente
Gallardo asoma por el ancho Oriente,
O cual la nube pura,
A quien sus almos rayos enriquecen
Con luces peregrinas;
Así la Virgen en la inmensa altura
Brilla, á la vista del Criador amante,
¡Oh dicha! ¡Eterna dicha! Ya descende
Del trono rutilante,
Y el claro espacio presurosa hiende.
Sobre purpúreas nubes reclinada
Y de triunfantes huestes asistida,
Mil iris la ancha esfera
Con su fulgor divino reverbera;
Ya, ya toca la tierra.
¡Ay! mas ¡qué horror! la puerta ennegrecida
De la infernal morada
Rechina, y al mortal tímido aterra:
Retumba el hondo Averno en mil clamores,
Y entre el vapor y el humo corrompido
Que arrojan sus ardores,
Aparece el dragon enfurecido.
Eriza las escamas fulminantes;
Brama y bate sus dientes aguzados;
Sus ojos bermejean,
Y los negros venenos azulean
En la inñada garganta:
Embiste; pero ¡ah! sus piés turbados

Se tuercen vacilantes:
Tiembla, se esfuerza y lánguida levanta
La cerviz, ¡vano aliento! Desmayada
La rinde al fuerte pié que ya le oprime.
Triunfa, ¡oh Inmaculada!
Canta la tierra, y el Averno gime.

IV.

Las bellezas poéticas del cristianismo sobre las de la gentilidad.

Tú, ¡santa religion! tú el pecho inflama,
El pecho do mentida
Divinidad sopló profana llama.
¡Oh lira! más subida
Suena, y la alta pujanza
Del brazo omnipotente, bien la Esencia
Que dió sér al Olimpo, y en balanza
Lo libra, ó la presencia
Velada de querubens encontrados,
Canta, mi lira, en sonos acordados.
Aun lanza so la altísima montaña
El oprimido aliento
Encelado, y de Júpiter la hazaña
Brilla, y el vencimiento;
Mas la inmortal victoria
Que eterno oprime al querubin impio,
¡No inflama nuestro pecho! ¡Quién la gloria
Iguala y poderío
Del que vibrando el rayo foribundo
Étéreas huestes desplomó al profundo?
Cual resplandecen en su lumbre pura
Los atrios de la aurora,
Brillaba así la angelical natura.
La falange traidora
De Luzbel dijo: «El velo
Yo rasgaré de Dios; la silla mia
A par suyo pondré.....» Mas cantó el cielo:
«Suma Soberanía,
¿Quién como tú? Luzbel, astro luciente,
¿Quién te apagó?» — «La mano omnipotente.»
Tú tambien, Sinai, di cuál glorioso
En tu empinada cumbre
Dicta la santa ley; cuál espantoso
Tu inmensa pesadumbre

Tiembla, sobrecargada
Del poderoso Dios; cuál llama pura
Vomita, y humo horrendo, la abrasada
Falda, y en la espesura
La roja luz del rayo reverbera,
Retumba el trueno y brama la ancha esfera.
¡Y quién mira del mar los senos fieros
Tornar en remolino
Lanzas, caballos, petos, caballeros;
O el golfo cristalino
Pendiente cual montaña,
Que ancha fué por el medio dividida,
Y al pueblo que huye de la egipcia saña,
Brindarle con la huida,
Que el brazo no bendiga poderoso,
Y de Jove se olvide mentiroso?
¡Ah! sienta de tu lanza, sienta el brío,
El brío desolante,
El pecho del primer mortal, que impio
De tu brazo triunfante
La gloria entre enemigos
Dioses oscureció, y la alma Esencia,
Sacriligo, divide. ¡Ay qué castigos
Le tiene tu potencia!
No el peñasco en la cumbre siempre inestable,
Ni el corazón le crece devorable.
Brama, sí, sumergido en negro fuego,
Y furioso rechina
Los dientes, y retuerce sin sosiego;
Y acá y allá reclina
El cuerpo encadenado:
Do quiera espectro horrible, y sombra y llamas:
Sobre tu solio eterno ¡oh Dios! sentado,
En tanto le derramas
En su pecho enconado los furoros,
Muerde tu lanza y jura mil rencores.
¡El malvado! ¡Y qué más pudo el impio?
Los más torpes mortales
Levantó sobre el ara el mármol frio,
Honores celestiales
Recibió allí el humano,
El noble racional al bruto indigno
Inclinó humilde el rostro soberano;
Y el sacrificio digno
Era su propia sangre, el tierno infante
De Moloc en los brazos humeante.

EL ABATE DON JOSÉ MARCHENA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

I.

DEL SEÑOR DON GASPAR BONO SERRANO.

El abate MARCHENA, por haber sido incrédulo, no pertenece al reducido número de nuestros poetas de primer orden, entre los que no le hubiera sido difícil conquistarse un puesto no menos apetecido que honroso. De todos modos son muy dignas de ser leídas algunas de sus obras literarias. Publicadas éstas en el extranjero, donde vivió el autor la mayor parte de su vida, no han circulado entre nosotros, como las de otros ingenios, amigos y contemporáneos suyos, que dieron á luz sus composiciones en España.

Don JOSÉ MARCHENA nació en Utrera, provincia de Sevilla, el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de don Antonio y doña Josefa María Ruiz y Cueto, que le dieron una educación muy cristiana, destinándole al estado eclesiástico, por lo que recibió en su adolescencia la tonsura y órdenes menores. Según informes que he recibido últimamente de un primo suyo, anciano octo-